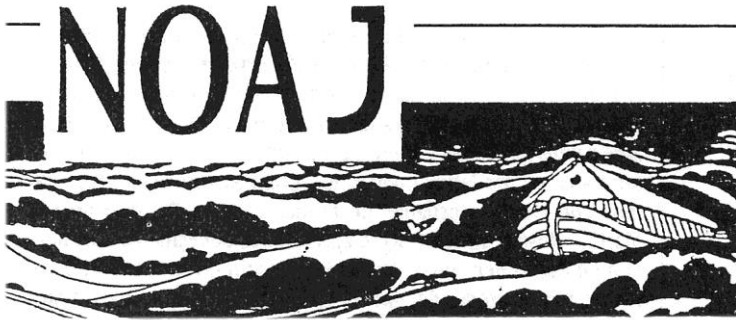




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Porzecanski, Teresa. Pedazos. pp. 33-34

Pedazos

Yo sé que no viene al caso, seguro, pero tal vez valga la pena consignarlo: hay una esquina, en la calle Piedras y Pérez Castellano, donde la indiferencia sepultó a una mujer.

Era su pierna lo que vi, asomando por entre una colina de escombros, aunque debiera hablar de pedazos: asas de tazas, trozos de recipientes carcomidos, agujeros negros cuyos bordes se habían tornado filigrana de herrumbre, tajadas de sentido. Una pierna como arrancada de un viejo maniquí de vitrina en desuso, que alguna tienda hubiera despedido por tullido el cese por imposibilidad de absorción en el mercado de insumos per cápita al crecimiento poblacional acelerado, o la pierna pudo haber salido involuntariamente despedida por giro nefasto del cáncan en la línea primera de cabareteras *ad hoc* de la boîte Rouge et Bouge. Porque a pesar de azulada y varicosa, todavía había en ella algo así como un resto de vida, un desquicio escapando de la tumba de escombros. No sé, me pregunto si los cuerpos pueden conservar vidas fragmentarias en sus partes amputadas, o tal vez les quede algo de aderezo en sus tendones o un dispositivo, que

no su voluntad, los ensamble con los automáticos vaivenes de los astros.

Pero a las siete de una tarde de enorme sol licuado, juro que esa esquina — un baldío — comenzaba a poner en tránsito sus propias sombras — gatos, orugas, ratas, espectros — y esa pierna siniestra que había calzado una solitaria sandalia anudada en derredor de algo hinchado y ennegrecido que fue alguna vez tobillo para plantarse sobre el mundo.

— ¿Tiene miedo? — gruñó una cansada y pastosa voz a mis espaldas.

Lo miré: era un gnomo de la noche, con sus ojos granates y oscuro semblante jactancioso. Una tosca giba de harapos me auscultaba desde sus órbitas salientes como huevos y empuñaba a la vez el pico de una botella que contuvo vaya a saberse que mixtura de alcohol y cieno.

— Miedo — repitió y reía — Qué se le va a hacer, muchacha. La gloria del cuerpo, el sinuoso reptar, no son más que un guiñapo. Hay quien nos disgrega del todo. Siempre. Al final.

Por segunda vez me volví a observar la pierna que estaría bien muerta. Aleteó en algún lugar de mi cerebro correr hasta un teléfono, comisaría, vengan, hay una mujer probablemente asesinada bajo estos escombros, sáquenla de allí que quiero verla, desentiérrenla que tengo prisa, ábranle la boca para que grite y su grito sea una respiración interminable, díganle que será resarcida, no en otros mundos, no, sino en éste, aquí mismo, camellos ígneos, reyes magos, en esta esquina ramplona, calle Piedras y Pérez Castellano. Pero no me moví. Cuando la miré de nuevo, la

Teresa
Porzecanski

FICCIÓN

Montevideo, 1945. Ha publicado, entre otros, ensayos: Desarrollo de comunidad y subculturas, Lógica y relato en trabajo social, Mito y realidad en las ciencias sociales, Contribución a la metodología del servicio social; ficción: El acertijo y otros cuentos, Historias para

mi abuela, Esta
manzana roja,
Intacto el
corazón,
Construcciones,
Invenición de los
soles, Una
novela erótica,
Ciudad impune.
*Es encargada del
Curso de
Antropología
Cultural de la
Escuela
Universitaria de
Servicio Social.*

pierna era de plástico y seguramente habría servido para exhibir medias o zapatos, calzones que se deslizaban hacia abajo en acto impúdico, y un cartelito que decía "en oferta". Una pierna de utilería, en fin, o de comparsa, un segmento más de la patraña de los hombres.

— Vamos, no tiene por qué ocultar que lo dejará pasar, que hará la vista gorda. No denunciará nada, ni un poquito — dictaminó el enano. — Así ha sido siempre. Todos pasamos al lado del horror, pero nos quedamos quietos. Construimos la indiferencia de cada día, pacientemente.

No, pensé en decirle, las fisuras del mundo me habían tatuado curiosos diseños en las entrañas, me habían punzado las tripas con estigmas. Tal vez también ahora, algo en esa pierna cercenada me remitiera a una mujer que yo bien pude haber conocido, compañera de escuela, de trabajo o vecina, seguro que la conocí en algún cruce o desvío o desvarío, una pierna que anduvo zigzagueando en la vida, como la mía, como tantas, no sé si viene al caso. Pero el duende grotesco que leía en mi mente me condenaba aún con su sustancia.

— Es mentira — explicó, cloqueando como una vieja bruja asexual — La indiferencia te sostiene cual un soporte férreo. Pasarás de largo mientras asesinan a tu lado. Buscarás convencerte que todo lo has soñado. Que la culpa siempre fue de los otros. De los demás. Pero es tuya. Está en ti. Eso que llaman bestia es este mismo sopor, esta parálisis.

No quería enfrentarlo. Sabía que, si me volvía, tendría que prestar atención a su cuerpo de batracio medieval, con sus cueros

rugosos, y sus ojos esféricos y estrábicos. Y la boca de molusco, blanda y glutinosa.

Pero la pierna, ay la pierna que me dolía ahora en el corazón de los escombros. Estaba fija en una posición forzada como si hubiese sido sorprendida en medio de un gesto de avance, movimiento. Y los escombros me pesaban sobre el cuerpo que fue mío y que ya no respiraba y se hundía sin pausa en la devota densidad de pedazos de objetos que tuvieron alguna vez sentido, en la densa pesadez de la masa toda muda. Y tan ciega.

Llamaría a los otros, buscaría ayuda. Montevideo debía saber que en sus calles, sin que nadie se percatara, se asesinaba a la gente. Habría que avisar de la ignominia, de que enanos o duendes o bufones se jactaban de nuestra llaga insidiosa.

— No llamarás — siguió hablando el fantoche, ahora transformado en un viejo rostro de humano coterráneo — porque nadie vendrá. Pensarás que no vale la pena y seguirás de largo.

Tuvo razón. Seguí de largo. Tuve que hacerlo. Y abandonar mi cuerpo ya sin aliento sepultado allí con los escombros. Y la pierna. Dejé también la pierna, que todavía respiraba. La tuve que condenar a su propia agonía. Bajo los escombros. Me refiero a aquel cúmulo de restos, de pedazos de muebles y enseres y oficiosos objetos, de trozos de ornamentos de oratorios y orquestas, jirones de artefactos infértiles y arterias, de discursos durmientes, diti-rámicos, fatuos, de trofeos utópicos, testamentos y emblemas, de tronos y espejismos y segmentos de gestas.

Ya sé que ésto no viene al caso, pero, claro, de las piernas sólo me queda una.